

Un poeta, con una dedicatoria misteriosa, había traducido los versos en el *Almanaque de las Damas*. Luisa los copiara entre las líneas de la música. Basilio, inclinándose para leer en el papel, cantaba:

*Hay tempestad arriba...
Y perlas en el fondo.*

Los expresivos ojos de Luisa se fijaban en la música, ó por momentos se dirigían á Basilio con rapidez. Cuando la nota final la prolongó, como la llamada de un amor suplicante, Basilio dió á su voz el acento de la invocación:

*¡Ven! ven
A posar, mi bien amada,
Tu corazón junto al mío...*

Sus ojos se fijaron sobre ella con una expresión de deseo tan ardiente, que el pecho de Luisa se agitó, y sus dedos se atropellaron sobre el teclado.

El Consejero aplaudía.

—¡Una voz admirable! ¡admirable!

Basilio dijo que estaba verdaderamente avergonzado.

— No, caballero, no — protestó el Consejero, levantándose. — Tiene usted una excelente voz. Diré más, la mejor garganta de nuestra sociedad.

Basilio rió, y dijo que puesto que les complacía oírle, iba á cantar un danzón brasileño. Sentóse al piano, y después de preludiar algunos compases de ritmo dulce y de un balanceo tropical, cantó:

*Soy negra, pero mi pecho
Siente más que un pecho blanco.*

— Esto hacía furor en las reuniones de Bahía cuando yo partí, — dijo, interrumpiéndose.

Era la historia de una negrita, nacida en una plantación, que cantaba con un lirismo de almanaque su pasión por un plantador blanco.

Basilio parodiaba el tono sentimental de las jóvenes de Bahía, y su voz tomaba un timbre cómico cuando cantaba el ritornelo lacrimoso:

*Y la negrita fija á lo lejos
sus ojos negros llenos de afán.
Entre el follaje del cocotero
de cientos de aves suena el cantar.*

El Consejero encontró deliciosa aquella música. A propósito de la canción deploraba la suerte de los esclavos. Sus amigos del Brasil le aseguraban que los negros estaban muy bien tratados. ¡Pero, en fin la civilización es la civilización! El esclavo es una plaga. El tenía una gran confianza en el Emperador...

— Monarca de una rara inteligencia — añadió respetuosamente.

Tomó su sombrero é inclinándose, juró que hacía mucho tiempo que no había pasado una mañana tan agradable. Para él no había nada comparable á la buena sociedad y la buena música.

— ¿Dónde está usted hospedado, señor Brito?

— En el Hotel Central: pero ¡por Dios! le suplico que no se moleste.

El Consejero manifestó que nada le impediría cumplir su deber y lo cumpliría. No tenía influencia, según sabía Luisa; pero si Basilio tenía necesidad de algo, de unas señas, una presentación en las regiones oficiales, su permiso para visitar algún establecimiento público, se ponía á sus órdenes.

— Calle de Ferregial alta 3, 3.º — dijo estrechando la mano de Basilio. — La modesta cabaña de un er-

BIBLIOTECA DE LA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

mitaño.—Y volviéndose á Luisa, prosiguió:—Cuando escriba usted á nuestro viajero, hágale presente mis sinceros deseos por el resultado de sus empresas. Servidor de ustedes:

Y erguido y grave, salió.

—Al menos este es más limpio,—murmuró Basilio con el cigarro en un extremo de la boca.

Luego, sentado al piano, dejó correr sus dedos por el teclado. Luisa se aproximó.

—Cántame algo,—dijo.

Basilio la miró fijamente.

Luisa enrojeció y sonrió vagamente; á través de la tela clara y transparente de su vestido, se entreveía la blanca mate del cuello y de los brazos; en sus ojos, en su boca, en la blancura nevada de sus dientes, brillaba una fiebre de vitalidad amorosa.

Basilio le dijo en voz baja y con emoción:

—Estás más bella que nunca, Luisa.

Su mirada ávida le turbaba.

—Cántame alguna cosa,—repitió ella apoyando sus dedos en las teclas del piano y con el seno palpitante.

—Canta tú,—murmuró Basilio.

Este continuaba mirándola fijamente. Lanzó un suspiro y le cogió las manos. Las dos manos temblorosas y húmedas se unieron.

Sonó la campanilla.

Luisa retiró bruscamente su mano.

—Alguien viene,—dijo agitada.

Se oyó hablar en la puerta en voz baja.

Basilio alzó los hombros, demostrando su enojo, y fué á tomar su sombrero.

—¡Cómo! ¿Te vas?—dijo Luisa con pena.

—¡No se puede estar á solas contigo ni un momento!

La puerta exterior se cerró con estrépito.

—No es nadie, se han ido,—dijo Luisa.

Los dos se hallaban de pie.

—¡Basilio, no te vayas!

Sus hermosos ojos tenían la expresión de una dulce súplica. Basilio dejó el sombrero sobre el piano, mordiéndose el bigote de un modo nervioso.

—Pero ¿quieres estar solo conmigo?—murmuró Luisa conmovida.—¿Qué te importa que vengan visitas?

Con un movimiento brusco, Basilio pasó el brazo por el talle de su prima y atrayendo hacia sí su cabeza, la besó con furor en los ojos y en los cabellos.

Ella huyó de tal opresión con los ojos brillantes y el rostro de color de escarlata.

—Perdóname,—dijo él con un movimiento apasionado;—he obrado sin reflexión. ¡Es que te adoro, Luisa.

Hablaba con exaltación sincera, tomándole las manos con autoridad, casi con derecho.

—No. Es preciso que me escuches. Desde el primer día que te volví á ver estoy loco por ti, exactamente igual que en otros tiempos; jamás he dejado de adorarte, pero carecía de fortuna, bien lo sabes, y ¡yo quería hacerte rica y dichosa! Yo no podía llevarte conmigo al Brasil. Esto hubiera sido matarte, amor mío. ¡Tú no imaginas lo que es ese país! Por eso fué por lo que te escribí aquella carta; ¡pero cuánto he sufrido y cuánto he llorado!

Luisa, con la vista fija en el suelo y la cabeza baja, escuchaba inmóvil esta voz ardiente y fuerte que le traía un soplo de amor, dominándola y vencéndola; las manos de Basilio transmitían á las suyas un calor febril y en un estado de laxitud; le parecía que iba á dormirse.

—Habla, responde,—dijo él con ansiedad, sacu-

diéndola las manos y buscando su mirada con avidez.

—¿Qué quieres que te diga?—respondió Luisa adormecida.—¡Hablemos de otra cosal—dijo volviendo la cabeza y suspirando.

—¿Por qué, por qué?—preguntó Basilio.

—No, Basilio, déjame.

Su voz tenía el acento de una plegaria y la dulzura de una caricia.

Entonces, sin vacilar, la cogió en sus brazos.

Luisa estaba inerte, con los labios pálidos, los ojos cerrados y Basilio sosteniéndola la cabeza, se inclinó, besándola dulcemente los párpados, la cara y la boca largamente: sus rodillas se doblaban y sus labios se entreabrían.

Pero, de pronto, su cuerpo se enderezó, se alejó y exclamó con desesperación:

—¡Déjame, déjame!

Con una fuerza nerviosa se desasíó, rechazándole, pasándose las manos por la frente y por los cabellos, con la mirada espantada.

—¡Oh, Dios mío, esto es horrible... déjame!

Basilio se aproximó, con los dientes apretados, pero Luisa retrocedió.

—¡Vetel... ¿Qué quieres? ¡Vetel... ¿Qué haces aquí? ¡Déjame!...

Basilio, tranquilizándose súbitamente, le dijo con tierno reproche que no comprendía por qué se incomodaba. Un beso. ¿Qué era un beso? ¿Qué había ella creído? Es cierto que la adoraba, pero con un amor puro.

—¡Te lo juro!—dijo con fuerza, golpeándose el pecho.

La hizo sentar en el sofá y sentándose él también á su lado, le habló razonablemente.

El se resignaría; las circunstancias lo exigían. Tendrían una amistad fraternal, nada más.

Luisa le escuchaba con abandono.

—Es cierto,—decía Basilio,—que esta pasión era una tortura espantosa. Pero era fuerte y se dominaría. Solamente deseaba verla, hablarla. Sería un amor ideal.

Le volvió la mano, se inclinó y le dió un beso en la palma.

Luisa se levantó temblorosa y dijo:

—¡No, vetel

—Está bien, adiós.

Se levantó con un gesto resignado y triste.

—Adiós,—repitió melancólicamente, pasando con lentitud la mano por la seda de su sombrero.

—¡Adiós!

—¿Estás enfadada?—dijo Basilio con ternura.

—No.

La mirada de Basilio brilló.

—Escucha,—murmuró aproximándose.

Luisa golpeó el suelo con el pie.

—¡Oh, qué hombre! ¡Déjame! ¡mañana! ¡Adiós, vetel! Hasta mañana.

—Hasta mañana,—dijo con dulzura Basilio, y salió.

Luisa volvió á su cuarto, nerviosa. Al mirarse al espejo quedó extrañada; nunca se había visto tan linda.

Dió algunos pasos en silencio.

Juliana arreglaba ropa blanca en los cajones de la cómoda.

—¿Quién ha llamado hace poco?—preguntó Luisa.

—El señor Sebastián. No ha querido entrar. Ha dicho que volverá.

Efectivamente, había dicho que volvería; pero casi empezaba á darle vergüenza venir todos los días y hallarla siempre con visita.

En el primer momento se sorprendió, cuando Juliana le dijo:

—Está con un señor. Un joven que vino ayer.

¿Quién podía ser? El conocía á todos los amigos de la casa.

Sería algún empleado del Ministerio ó algún propietario de minas. El hijo de Alonso tal vez, para un negocio de Jorge, con seguridad.

Después, el domingo por la noche, al ver las ventanas del salón á oscuras, se sintió apesadumbrado. Llevaba la partitura de *Romeo y Julieta*, de Gounod, que Luisa deseaba estudiar, y, cuando Juliana, desde el balcón, le dijo que su señora había salido en coche con doña Felicidad, quedó preocupado, acariciándose lentamente la barba. Recordó el entusiasmo de doña Felicidad por el teatro de Doña María. ¿Habían ido con aquel calor de Julio? En fin, todo era posible. Se fué á Doña María.

El teatro, casi vacío, estaba lúgubre. En los palcos se veían algunas familias que disfrutaban melancólicamente de aquella noche dominguera. Los niños dormían apoyados en el antepecho, forrado

de gutapercha encarnada. En las butacas, contados espectadores escuchaban con aire adormecido, enjugándose de tiempo en tiempo, con pañuelos de seda, el sudor de la frente; la lucerna esparcía una luz soñolienta. Todo el mundo bostezaba. La escena representaba un salón de baile, decorado de amarillo. Un viejo hablaba sin descanso, con la monotonía del agua que cae de una fuente, á una mujer delgadísima, de cabellos rizados. En la orquesta los músicos dormían.

Sebastián salió. ¿Dónde podrían estar? Al día siguiente lo supo. Bajaba por la calle del Molino de Viento, cuando su amigo Netto, que subía en dirección contraria, con el cigarro humeando como una chimenea, bajo el bigote canoso, le detuvo bruscamente:

—Dispéñeme la curiosidad.

—¡Oh, amigo Sebastián! Ayer vi en el Paseo á doña Luisa con un joven que yo conozco, pero no sé dónde le he visto. ¿Quién es?

Sebastián se encogió de hombros. El otro añadió:

—Un joven alto, guapo, con aire de extranjero. Yo le conozco. El otro día le vi entrar en casa del ingeniero. ¿No sabe usted quien es?

Sebastián no lo sabía.

—Conozco esta figura. Trato de recordar...

Y se pasaba la mano por la frente.

—Le conozco, es de Lisboa.

Después de un momento de silencio, siguió:

—¿Y que hay de nuevo, Sebastián?

Sebastián nada sabía.

—Tampoco yo. ¡Todo son mentiras! ¡Adios!

Aquel día á las cuatro volvió á casa de Luisa. Esta estaba con el señor. Salió preocupado. Seguramente se trataba de algún negocio de Jorge, porque no comprendía que ella hablara, sintiera ni viera

más que en interés de la casa y para la dicha de Jorge. Pero el negocio debía ser muy grave, para originar tantas visitas, tantos encuentros y tanto trato. ¿Tendrían negocio de interés y él no sabría nada? Eso le parecía una ingratitud y una disminución de su amistad.

Su tía Juana notó que tenía *algo*.

—Dolor de cabeza—dijo él.

Aquella noche durmió mal.

Al día siguiente, supo que aquel señor era el primo Basilio, Basilio de Brito. Su inquietud se disipó; pero un temor mas definido se apoderó de él.

Sebastián no conocía á Basilio personalmente, pero sabía la crónica de su juventud. Ciertamente no se hallaba en ella, ni escándalo excepcional ni novela picante. Basilio había sido solamente un vividor, y como tal había pasado metódicamente por todos los episodios clásicos de la vida de Lisboa: partidas de juego de monte hasta la madrugada con los ricachos de Alentejo: un coche hecho pedazos, un sábado á la salida de los toros; comidas frecuentes con alguna Lola y una ensalada de langosta: algunos toros cogidos por los cuernos: aplausos en el Circo de Salvatierra ó en Alhandra. noches pasadas con guitarristas en las tabernas, comiendo bacalao y bebiendo Colares, y una profusión de huevos de harina tirados á la cara de un municipal durante el Carnaval. Las únicas mujeres que aparecían en su historia además de las Lolas y Cármenes, era la Pistelli, bailarina alemana de piernas de atleta, y la condesita Albini; una loca, gran amazona, que estaba separada de su marido después de haberle pegado y que se vestía de hombre para conducir un coche desde Rocío hasta Da-Fundo. Eso bastaba para que Sebastián le mirara como un calavera, un perdido. Había oído decir que tuvo que marchar al Bra-

sil, huyendo de sus acreedores y que por casualidad se había enriquecido en una especulación en el Paraguay; que ni en Babía, donde la miseria le había puesto una cuerda al cuello, se había dedicado á trabajar: y suponía que el poseer una fortuna, sería un medio de desenvolver sus vicios. Este hombre venía todos los días á ver á Luisa, estando con ella horas y horas, acompañándola al paseo...

¿Para qué?... Para seducirla; era evidente.

Bajaba por la calle abrumado bajo el peso de esas ideas, cuando una voz ronca le dijo respetuosamente:

—¡Señor Sebastián!

Era Paulo el vendedor de muebles.

—Salud, señor Juan.

Paulo arrojó á las piedras de la calle una saliva negruzca y con las manos cruzadas por debajo de los faldones de su larga casaca, le dijo con tono grave:

—Señor Sebastián, ¿hay algun enfermo en casa del señor ingeniero?

—No—respondió Sebastián sorprendido—¿porque? Paulo tosió, escupió y dijo:

—Es porque he visto entrar todos los días un caballero y he pensado que era el médico, alguno de esos homeópatas nuevos.

Sebastián se puso encarnado.

—No—respondió—es el primo de doña Luisa.

—¡Ah!—dijo Paulo—Pensaba... Dispéñeme, señor Sebastián.

Y se inclinó respetuosamente.

—Ya tenemos habladurías,—pensaba Sebastián al alejarse.

Volvió á su casa descontento.

Vivía á lo último de la calle, en una casa suya, de antigua construcción, con jardín.

Sebastián vivía solo, tenía una modesta fortuna en papel, en tierras de cultivo, y su quinta de Almada, llamada el Tocegal. Dos criadas viejas componían toda su servidumbre. Vicenta, la cocinera, era una negra de San Thomas, del tiempo de la madre de Sebastián. Juana, el ama de gobierno, servía en la casa hacía treinta y cinco años; llamaba a Sebastián «El Pequeño». Tenía caprichos de niña, pero se la respetaba como una abuela. Era de Oporto, de *Poarto*, como ella decía, porque no había perdido el acento. Un amigo de Sebastián la llamaba «La Característica». Pequeña, gruesa, de cara redonda y jovial, con una sonrisa llena de bondad, y cabellos blancos, con los que formaba un rodete en lo alto de la cabeza, aquel nombre de Característica le iba a maravilla. Llevaba siempre sobre los hombros un gran pañuelo blanco, muy limpio. Todo el día andaba por la casa arrastrando los pies y haciendo sonar las llaves, murmurando refranes y tomando rapé de una tabaquera redonda, en cuya tapa se veía el puente colgante de Oporto.

Toda la casa tenía un aspecto familiar y amable. En el salón, casi siempre cerrado, los sillones panzudos, y el monumental canapé tenían el aspecto del tiempo de José I. Aquellos damascos de un rojo descolorido recordaban la pompa de aquella corte decaída. De las paredes del comedor pendían grabados que representaban las batallas de Napoleón. Invariablemente se veía sobre una altura el caballo blanco hacia el que galopaba desenfadadamente un húsar blandiendo el sable.

Sebastián dormía su sueño de siete horas, sin pesadillas, en un lecho antiguo de madera torneada. La alcoba recibía luz por una claraboya.

Sobre la cómoda con herrajes de bronce un San Sebastián de talla se retorcía acrílica de echas

entre las cuerdas que le sujetaban á un árbol. Una lámpara alimentada cuidadosamente por Juana, alumbraba día y noche. Toda la ropa encerrada en los cajones estaba perfumada con lavanda.

La casa era parecida al amo. Sebastián tenía ideas rancias. Era un hombre chapado á la antigua. Amaba la soledad. Ya en la clase de latin le llamaban el oso: sus camaradas le ponían rabos de papel, y le robaban la merienda. Sebastián unía á la fuerza de un atleta la resignación de un mártir.

Mas de una vez había sido reprobado en los exámenes del Instituto. Era inteligente pero una pregunta, el brillo de los anteojos de un profesor, la gran mesa negra, le petrificaban y quedaba azorado, con la cara roja, las piernas trémulas, y la mirada vaga.

Su madre, que era de un villorrio, en donde había sido panadera, estaba muy envanecida con sus rentas, su quinta, y su mobiliario de damasco. Siempre vestida de seda, y cargada de alhajas, decía con frecuencia:

—¿Para qué afligir al niño con estudios? ¡Dejadle! Le dejó su padre para comer y beber.

La gran afición de Sebastián era el piano. Su madre, por consejo de la de Jorge, su vecina é íntima amiga, le tomó un maestro. Desde las primeras lecciones, á las que ella asistía con traje de terciopelo encarnado, y cubierta de dijes, el viejo profesor Aquiles Bentes, exclamaba con voz nasal:

—¡Querida señora, su hijo de usted es un genio! ¡Será un Rossini! Es preciso impulsarle.

Pero esto es precisamente lo que ella no quería. ¡Empujar al pequeño! Por esto no fué un Rossini, lo que no impedía que el viejo Bentes continuara diciendo:

—¡Será un Rossini!

Solamente que en vez de proclamarlo blandiendo los rollos de las partituras, lo balbuceaba con bostezos enormes de león aburrido.

En esta época los dos niños vecinos Jorge y Sebastián, eran íntimos. Jorge más vivo, más emprendedor, dominaba á su camarada. Jugaban en el jardín y era siempre Sebastián el caballo cuando fingían alguna diligencia y el vencido, cuando simulaban alguna batalla. Sebastián llevaba las cosas de peso, ofrecía á Jorge su espalda para saltar: en las meriendas comía el pan y dejaba á Jorge las frutas. Esta amistad siempre igual, sin nubes, debía ser durante su vida una cosa esencial y permanente.

Al morir la madre de Jorge pensaron en vivir juntos en la casa de Sebastián que era mayor y tenía jardín. Jorge quería comprar un caballo. Durante este tiempo la soledad le dió por las ideas sentimentales de una unión conyugal. Conoció á Luisa en el Paseo, y por espacio de dos meses pasó los días enteros en la calle de la Magdalena.

Todo aquel risueño plan al que ellos llamaban riendo *sociedad de Jorge y Sebastián* cayó como un castillo de naipes. Sebastián experimentó una gran pena.

Más tarde fué el proveedor de los *bouquets* de rosas que Jorge llevaba á Luisa, después de haberles quitado cuidadosamente las espinas y haberlos envuelto en un papel de seda. Sebastián se ocupaba de arreglar el *nido*. Buscó los tapiceros, discutió el precio de las telas, vigiló el trabajo de los obreros que colocaban las alfombras. Por último arregló los papeles necesarios para la boda.

Por la noche, aunque fatigado de su excesivo celo, ere la preciso escuchar sonriendo las confidencias de la de Jorge, que se paseaba en su cuarto hasta las

dos de la mañana, en mangas de camisa, enamorado, hablando y sacudiendo su pipa.

Después del matrimonio Sebastián se halló muy solo. Marchóse á Portel donde tenía un tío viejo, extravagante, de mirada imbécil que pasaba su existencia combinando los injertos de su huerto, y leyendo el *Enrico*.

Un mes después, cuando volvió, Jorge le dijo radiante:

—Ya lo sabes, esta casa es la tuya. Vivirás con nosotros.

Pero nunca consiguió que Sebastián tuviera en su casa grande y entera intimidad. Llamaba á la puerta tímidamente, y se ponía encarnado delante de Luisa. El antiguo oso de la clase de latín reaparecía. Jorge se esforzaba en hacerle cruzar sin ceremonias una pierna sobre otra, en obligarle á fumar su pipa ante Luisa y en prohibirle decir á cada momento encorvándose en su silla:

—Señora mía...

Jamás vino á comer sin ser invitado. Cuando Jorge no estaba, sus visitas eran breves, se juzgaba tan insípido que temía fastidiar.

Aquella noche, cuando entió en el comedor, Juana le preguntó por Luisita.

El ama de gobierno la adoraba; decía que era un ángel; una blanca flor de lis.

—¿Cómo está, la has visto?

Sebastián no quiso decir como la víspera "que no había entrado porque había gente," y encorvándose se puso á jugar con las orejas de Trajano, su viejo perro de caza.

—Esta buena, Juana, está buena. ¿Cómo quieres que esté? No puede estar mejor.

En aquella hora, recibía Luisa una carta de Jorge fechada en Portel. Contenía largas quejas del calor y de las malas fondas. Hablaba del fantástico pariente de Sebastián. Terminaba enviándole recuerdos y besos. Luisa no esperaba aquella hoja de papel llena de menudas letras que le representaba á Jorge; el recuerdo de su figura, su voz, su dulzura, le causaban una sensación casi dolorosa. Toda la vergüenza de su cobardía y debilidad ante Basilio se presentó á su imaginación. ¡Qué horror haberse dejado abrazar y estrechar, ínterin que él la devoraba con la mirada!... Recordaba todo, su actitud, el calor de sus manos, la dulzura de su voz... Maquinalmente, poco á poco, iba olvidando esos recuerdos; distraída, con los brazos caídos, se abandonaba á ese estado de dejadez que ellos la daban. Pero el pensamiento de Jorge reaparecía otra vez, lastimándola como un súbito latigazo. Se levantó de un modo nervioso y se puso á pasear por el cuarto; sentía un deseo de llorar, de gritar, de romper algo...

—¡Ah! ¡No, esto es vergonzoso! Es preciso concluir,—decía llorando.

Por fin resolvió no recibir más á Basilio, escribirle, suplicarle no volviera, y que partiera. Meditaba

las palabras que le debía de decir; serias, secas frías: no le diría «mi querido primo», sino simplemente «primo Basilio».

¿Qué haría cuando recibiese la carta? ¡Lloraría! ¡Pobre muchacho!

Se lo figuraba solo en el cuarto de la fonda, pálido y desgraciado, y de ahí, siguiendo los declives de su sensibilidad, recordó la turbación de aquella mirada avasalladora; el sonido persuasivo de su voz, y su membria se detenía en estos recuerdos. Con una sensación de dicha, como la mano que se complace en acariciar el suave plumaje de un pájaro raro. Movía la cabeza con impaciencia, como si aquellas ideas fuesen picaduras de insectos importunos; quería pensar solamente en Jorge; pero otras ideas la asaltaban y se consideraba desgraciada.

Sin saber por qué, tenía deseos de estar con Jorge, de pedir consejo a Leopoldina, de huir lejos, a la ventura, y... ¡Jesús, qué desgraciada era!... Del fondo de su perezosa naturaleza la llegaba una cólera indefinida contra Jorge, contra Basilio, contra los sentimientos, contra los deberes y contra todo lo que la hacía sufrir y agitarse. ¡Gran Dios! ¿Por qué no dejarla en paz?

Después de comer se puso junto a la ventana, a leer de nuevo la carta de Jorge recordando todo lo que hallaba en él de bello, en su figura y en sus cualidades. Encontraba argumentos, unos de dicha, otros de sentimiento para amarlo, para respetarle. Todo esto sucedía porque él estaba ausente. ¡Si hubiera estado a su lado! ¡Pero tan lejos... y tanto tiempo!... A pesar de todas estas reflexiones, la certidumbre de esta ausencia le daba una sensación de libertad; la idea de poder hacer su voluntad llenaba por momentos su corazón de inmenso contento, como si la animase un soplo de independencia.

¿Pero de qué la servía estar libre y sola? Lo que podía hacer, sentir, poseer, le parecía en lejana perspectiva, que la desvanecía. Era como una puerta abierta y cerrada bruscamente, que dejaba como un relámpago, algo de indefinido, de maravilloso, que conmovía y fascinaba.

¡Oh! Verdaderamente estaba loca.

Anocheceía. Fué al balcón y abrió la ventana. La noche estaba calurosa y sombría. La atmósfera, cargada de electricidad, anunciaba una tempestad próxima. Luisa respiraba con dificultad. Con la mirada fija en el horizonte, formaba proyectos, acariciaba deseos indecisos.

El mozo de la tahona tocaba el *Fado*; aquellos sonidos velados llegaban al alma con la dulzura de un soplo cálido, con la melancolía de un gemido.

Apoyó sobre la mano su fatigada cabeza.

Mil pensamientos bullían en ella como lenguas de llama.

Aquellos pensamientos le recordaban un torbellino de cosas; el sombrero nuevo que le había enviado madame Françoise, el tiempo que haría en Cintra, la pereza de las noches cálidas, bajo la obscuridad de la enramada...

Cerró la ventana. Sentada en su cuarto quedó inmóvil pensando en Jorge, queriendo escribirle, llamándole. Esta preocupación desapareció poco a poco como una tela que se rasga en pedazos, detrás de la que apareció con luminosa intensidad, el recuerdo de su primo Basilio...

Los viajes le habían curtido el rostro, el dolor de la separación le había encanecido los cabellos. ¡Había sufrido tanto por ella! Después de todo, ¿dónde está el mal? El había jurado que su amor sería casto, encerrado en su corazón. ¿Por qué no volverle a ver? El pobre que había venido de París tan sólo por

verla una semana ó quince días. ¿No era una crueldad decirle; "No vengas más, vete?"

—¿Cuando quiere la señora el te?—murmuró Juliana, abriendo la puerta.

Luisa exhaló un gran suspiro, y mandó le aproximasen la lámpara de noche.

El te lo tomaría más tarde.

Dieron las diez, Juliana tomaba en aquel momento, según tenía costumbre, el te en la cocina. El fuego se extinguía. A la luz de la lámpara de petróleo, brillaban las cacerolas de cobre.

—Hoy si que le sucede algo, señora Juana,—dijo Juliana.—Está violenta, suspira. Hay algo gordo.

Juana, al otro lado de la mesa, con los codos apoyados y la cara entre las manos, parpadeaba vencida por el sueño.

—Siempre está usted dispuesta á ver mal en todo,—dijo.

—Es preciso ser tonta para no conocerlo, señora Juana.

Calló y chupó un terrón de azúcar; era una de sus golosinas; le gustaba blanca, refinada.

El azúcar moreno, daba, según ella, al café un sabor de hormigas. Era una de sus contrariedades.

—¡Es todavía peor que el mes pasado! ¡Pero en fin, para una pobre criatura de Dios, todo es bueno! Luego, volviendo á su idea, murmuró:

—Se necesita estar ciego para no verlo, señora Juana.

La cocinera dijo perezosamente:

—Cada uno para sí.

—Y Dios para todos,—suspiró Juliana.

En este momento llamó Luisa con la campanilla.

—¿Qué querrá todavía?—dijo Juliana con la boca llena.—¿Algún capricho?

Volvió de mal humor, con un jarro vacío:

—Aun quiere más agua. ¡Vaya un capricho de chapuzarse á media noche!

Las suelas de sus zapatillas golpeaban el suelo de ladrillo.

Puso el cántaro en la fuente y en tanto que el agua caía con ruido en el zinc, prosiguió:

—Ha dicho que quiere mañana para almorzar, jamón frito, algo salado. Quiere excitantes.

A media noche todo dormía en la casa. Todas las luces habían sido apagadas. Por fuera el cielo estaba cada vez más obscuro. Relámpagueaba; sonó un trueno.

Luisa despertó sobresaltada; pero después empezaron á caer con fuerza gruesas gotas de agua; la tempestad sonaba á lo lejos. Escuchó un momento el ruido de la lluvia al caer en la calle: su lecho abrasaba y retiró la ropa; el sueño había huido y echada, con la mirada fija en la vaga claridad que daba la lámpara de noche, escuchando el *tic tac* del reloj, una especie de visión se formó en su espíritu, tan claro, que casi parecía realidad: volvióse en el lecho, alargó sus brazos y abrazó la cabecera, presentando sus labios secos para besar ciertos cabellos negros en los que brillaban algunas plateadas hebras.

Sebastián también había dormido mal. A las seis se levantó y bajó al jardín con zapatillas. Una puerta vidriera del comedor se abrió sobre una pequeña galería en la que sólo cabían tres sillas de hierro pintado y unas macetas de claveles. De allí, cuatro escalones de piedra conducían al jardín: este era pequeño, poblado de platabandas de flores, de céspedes bien regados, rosales junto á las tapias, un pozo y un estanque bajo una parrita y algunos árboles terminando por otra galería sombreada por un tilo con un balcón que daba á una calle solitaria: en frente se extendía la tapia de otro jardín blanqueada con cal. En este rincón recogido, con la faz tranquila de una aldea, acostumbraba Sebastián á ir algunas mañanas á fumar un cigarro.

Las seis no habían dado todavía. La atmósfera estaba transparente, el cielo tomaba el color azul de algunas porcelanas antiguas, y aquí y allá una nubecilla blanca, color de leche, cruzaba blandamente; las hojas tenían un verde lavado, el agua del estanque parecía un cristal, los pájaros cantaban cruzando rápidamente.

Sebastián estaba asomado á la calle cuando el

ruido de un bastón golpeando el suelo y el de unos pasos lentos rompieron el silencio.

Era un vecino de Jorge, Cunha Rosado; como si estuviera enfermo andaba lentamente, encorvado, envuelto en una bufanda y un paletó de color de chocolate; su faz estaba surcada de arrugas y su barba era gris, larga y descuidada.

—¿Levantado ya vecino?— dijo Sebastián.

Cunha se detuvo y levantando lentamente la cabeza, dijo con voz que denotaba gran fatiga:

—¡Ah! ¿Es usted Sebastián? ¡Voy á pasear mis dolores, amigo míol

—¿A pie?

—Antes iba en un burro hasta fuera de puertas, pero dicen me hará provecho un paseito á pie.

Y alzó los hombros con un movimiento de duda, de tristeza y enojo.

Padecía una enfermedad de los intestinos.

—¿Y que tal marcha usted?—le preguntó con interés Sebastián inclinándose hacia la calle.

Cunha sonrió desconsolado, dejando escapar de sus labios pálidos estas palabras:

—¡Marcho, que me marchol

Sebastián tosió, sin hallar palabra consoladora.

El enfermo descansaba con las dos manos apoyadas en el bastón: de pronto su mirada amortiguada brilló con interés:

—Diga usted Sebastián: ¿ese joven buen mozo que veo entrar todos los días en casa de Jorge, no es Basilio de Brito? ¿el primo de su mujer? ¿el hijo de Juan Brito?

—Sí, ¿por qué?

—¡Yo decía bien... yo decía bien! Y esa obstinada que me sostenía que no.

Entonces explicó lo que quería decir.

—Mi cuarto dá á la calle y como estoy casi todo el

día en la ventana para distraerme... he visto á ese joven vestido á la moda extranjera entrar allí... todos los días. Yo decía: es Basilio de Brito. Mi mujer sostenía que no. ¡Qué diablo! Yo tenía casi la certeza... No tengo cosa más conocida... Como en tiempo que estuvo para casarse con doña Luisa. ¡Oh! Esa historia la sé al dedillo... Entonces vivía ella en la calle de la Magdalena...

—Sí, es Brito,—dijo Sebastián.

—Bien decía yo.

Quedóse un instante inmóvil, con la vista fija en el suelo; pero volviendo á su voz doliente, dijo:

—Vamos, me arrastrará hasta casa.

Suspiró y abriendo los ojos:

—¿Quién me daría la salud de usted, Sebastián?

Y diciendo adiós con la mano cubierta con un guante de lana obscuro, se alejó encorvado y pegado á las paredes.

Sebastián quedó preocupado. Todos empezaban á fijarse en que un hombre joven y elegante venía en coche todos los días y permanecía dos ó tres horas. ¡Había una vecindad tan próxima y tan maligna!

Después de mediodía salió. Tenía deseo de ver á Luisa, pero sin saber porqué, sentía una gran pena, como si temiera encontrarla de diferente modo que otras veces. Subía lentamente la calle bajo su quitasol, reflexionando, cuando un cupé, que bajaba al trote, se detuvo ante la puerta de Luisa.

Un caballero salió rápidamente, tiró su cigarro y entró en la casa. Era alto, de bigote retorcido y llevaba una flor en el ojal. Comprendió que aquél debía ser el primo Basilio.

El cochero enjugaba el sudor de su frente y cruzando las piernas, se puso á liar un cigarrillo.

Al ruido del coche el señor Paula salió con la

Primo Basilio—10

gorra torcida; mirando de través y con las manos en los bolsillos. La carbonera de enfrente, sucia y disforme con la obesidad de la preñez, púsose á mirar también con su cara grasienta. La criada del Doctor abrió precipitadamente la ventana. Paula atravesó con rapidez la calle llena de sol y entró en el estanco. De allí á poco apareció en la puerta con la estanquera, que tenía aspecto de viuda inconsolable. Cuchicheaban y clavaban pérfidas miradas en las ventanas de Luisa y en el cupé. Paula arrastrando sus zapatillas de alfombra, fué á secretear con la carbonera, arrancándola con sus frases una risotada, que la sacudió su amplio seno, y fué á estacionar al fin en su puerta, entre un retrato de don Juan VI y dos antiguas sillas de coro, indagando jubilosamente. En el silencio de la calle se oía el teclear de un piano que tocaba un compás de estudio de la *Plegaria de una Virgen*.

Sebastián al pasar, miró maquinalmente á las ventanas de Luisa.

—¡Qué día de calor, Sebastián!—le dijo Paula inclinándose.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Luisa y Basilio estaban muy tranquilos y contentos en el salón con las cortinas medio cerradas, en una dulce penumbra. Luisa llevaba un peinador blanco, fresco, resplandeciente, que esparcía un agradable olor de agua de lavanda.

Me presentaré así, se había dicho ella, sin ceremonia.

¡Así la hallaba él tan bonita! ¡Así la quería ver siempre! había dicho Basilio gozoso, como si aquel peinador hubiera sido una promesa de desnudez.

Llegó tranquilo, con el aspecto de un verdadero pariente. No la molestó con palabras atrevidas, la habló del calor, de una zarzuela que había visto la víspera, de antiguos amigos que había encontrado: más apenas si le dijo que había soñado con ella.

¿Y para qué? En su sueño ellos estaban muy distantes, en un país lejano que debía ser Italia: había tantas estatuas en las plazas, tantas fuentes sonoras que caían en pilones de mármol; era un antiguo jardín, en una terraza clásica; flores raras llenaban los vasos florentinos posados en balaustradas de piedra; los pavos reales extendían sus colas y ella paseaba lentamente por las cuadradas losas la cofa de su vestido de terciopelo azul. Era una terraza.

decía él, como la de San Donato; la villa del príncipe Demidoff. Basilio se complacía en recordar sus conocimientos ilustres y no se olvidaba de hacer brillar las glorias de sus excursiones.

—Y tú, ¿has soñado?

Luisa se sonrió; ruborizóse... No; había tenido un gran miedo a la tempestad. Un ligero círculo oscuro rodeaba sus ojos.

—¿No has oído la tormenta?

—Entonces estaba yo cenando en el Gremio.

—¿Tienes la costumbre de cenar?

Su primo sonrió tristemente. ¿Cenar? Si es que se podía llamar cena a un *bestfeack* duro y a una botella de Colares.

—Y todo por ti, ¡ingrata!

—¿Por mí?

—¿Por quién, si no? ¿Por qué he venido yo a Lisboa? ¿Por qué he dejado a París?

—Por tus asuntos.

—Gracias—dijo Basilio mirándola severamente. Lanzó con fuerza el humo de su cigarro y se paseó aceleradamente por el salón.

De pronto vino a sentarse junto a ella y le dijo que era verdaderamente injusta; que si él estaba en Lisboa, era solamente por ella. Y modulando con ternura su voz, le preguntó si realmente sentía por él un poquito de amor, muy poquito, poquito... y señalaba la punta de su uña.

Los dos se echaron a reír.

—¡Tan poco! Tal vez.

El pecho de Luisa se alzaba con emoción.

Basilio se puso a contemplar sus uñas, admirándolas y aconsejándola emplease el barniz de que se servían las *cocottes* que da un pulimento brillante, y besando la punta de sus dedos, mordió ligeramente el dedo pequeño, asegurando que era dulcísimo,

arreglándole con presteza un mechón de cabellos que se había desarreglado. Con mirada suplicante, le dijo que tenía una petición que hacerla.

—¿Qué es ello?

—¡Venirte conmigo al campo! ¡Debe estar tan hermoso ahora!...

Luisa no respondió nada, arreglando los pliegues del peinador.

—Eso es muy fácil,—dijo Basilio.—Vienes á encontrarme en cualquier parte, lejos de aquí, naturalmente. Te esperaré en un coche, subes y partimos.

Luisa vacilaba.

—No me lo niegues.

—Pero ¿á dónde?

—Donde quieras: A Paco de Arcos, á Loires, á Queluz. Di que sí.

Su voz era apremiante y suplicante.

—¿Qué temes? Es un paseo de amigos, de hermanos.

Ella sonrió.

—¡No! ¡Eso no!

Basilio se incomodó y la llamó beata. Quiso marcharse. Ella entonces le quitó el sombrero de las manos, medio vencida.

—Bueno, ya veremos, puede ser;—dijo sonriendo.

—Di que sí,—insistió Basilio.—Sé buena muchacha.

—¡Bien, sí; mañana hablaremos y veremos!

Pero al día siguiente, Basilio, con mucha habilidad, no le habló del paseo ni del campo. No dijo ni una palabra de su amor ni sus deseos. Parecía muy alegre; le llevó el libro de Belot *La mujer de fuego*; sentado al piano, cantó canciones de café cantante, bastante ligeras, imitando la voz ronca y acre de los cantantes: la hizo reír.

Después le habló mucho de París, contó la cróni-

ca amorosa de actualidad, anécdotas, pasiones *chics*. Todo pasado entre duquesas y príncipes, dramática y sensiblemente, alegre muchas veces, pero siempre en un lago de delicias. De todas las mujeres de que hablaba, decía:

—Era una mujer muy distinguida y, naturalmente, tenía un amante.

El adulterio aparecía como un deber aristocrático. La virtud, después de oírle, parecía un defecto propio de un espíritu mezquino o la ocupación ridícula de un temperamento burgués.

En el momento de salir, dijo como acordándose:

—¿Sabes que todavía tengo idea de viaje?

—¿Por qué?—dijo ella palideciendo.

—¿Qué diablo hago yo aquí?—murmuró Basilio con indiferencia.

Quedó un momento con la mirada fija en el suelo, y como tomando una resolución, dijo:

—Adiós, amor mío.

Y salió.

Cuando entró Luisa por la tarde en el comedor, tenía los ojos enrojecidos, como si estuvieran sus párpados quemados por las lágrimas.

Al día siguiente fué ella quien habló del campo. Se quejó del calor, de la aridez de Lisboa. ¡Qué lindo debía ser Cintra!

—Tú eres quien no ha querido—dijo Basilio—. Podíamos haber dado un paseo encantador.

Pero ella tenía miedo; podían verlos.

—No hay peligro. En un coche cerrado, con las cortinas echadas.

Pero eso era peor que estar en una habitación; eso era ahogarse dentro de un cajón.

No. Podían ir a una quinta, a las *Alegrías*, la quinta de un amigo suyo que estaba en Londres: allí no había más que los arrendatarios; ¡estaba cerca

de Oliveas! Grandes paseos de laureles, adorables sombras; podían llevar helados, *champagne*.

—¿Vendrás?—dijo bruscamente, tomándola las manos.

Ella se sonrojó.

—Puede ser. El domingo veremos.

Sus ojos se encontraron; Luisa se hallaba muy turbada y fué á abrir las ventanas para dar al salón la claridad, un aspecto menos íntimo; sentóse luego en una silla cerca del piano, temiendo la sombra, el sofá, todos los cómplices y le pidió que cantara alguna cosa, porque ella tenía tanto miedo de hablar como de callar. Basilio cantó la *Medjé*, la melodía de Gounod, sensual y conmovedora. Aquellas notas ardientes llegaban á su alma como el ambiente de una noche cargada de electricidad. Cuando Basilio salió, permaneció sentada, inmóvil, doblada, sufriendo todo su cuerpo, como después de una fiebre.



Sebastián pasó estos tres días en Almada, en la quinta de Rosegal, á la que le llamaban sus quehaceres. Volvió á los dos días y se encontraba en su comedor esperando su almuerzo y acariciando á su gato *Roelin*, amigo y confidente del ilustre Vicen-

te, envuelto en piel como un prelado, é ingrato como un tirano.

Avanzaba la mañana y el jardín se llenaba de sol. El agua del estanque corría en haces temblorosos, en los que se reflejaban las hojas del emparrado. Dentro de sus jaulas cantaban dos canarios á toda voz.

La tía Juana, que acababa de poner sobre la mesa el humeante almuerzo, se acercó y dijo con voz cascada:

—Ayer vino Gertrudis, que charló de un modo. ¡Y qué tonterías!

—¿Y sobre qué, tía Juana?

—Sobre un joven; que según dice, va á ver á Luisa todos los días.

Sebastián se levantó como por resorte.

—¿Qué ha dicho, tía Juana?

La vieja se sentó y se colocó la servilleta sobre el pecho.

—Murmuraba, preocupándose por saber quién sería el dichoso joven, diciendo que es buen mozo. Va y viene todos los días en coche. El sábado se quedó hasta la noche. Se cantó en el salón y ella dijo que ni en el teatro...

—Es el primo,—interrumpió Sebastián impaciente.—¿Quién ha de ser? Es el primo que ha vuelto del Brasil.

La tía Juana sonrió maliciosamente.

—Ya me figuré que sería pariente. Ella dice que es buen mozo... Digo, que ya me figuré que era pariente,—repitió yéndose á la cocina.

Sebastián almorzó preocupado. Si la vecindad lo comentaba ¡qué escándalo! Irresoluto é incómodo se decidió á hablar con Julián.

Bajó la calle de San Roque hacia casa de éste y le distinguió que subía lentamente por la acera de la

sombra, con un rollo de papeles bajo el brazo y vestido con un pantalón blanco, todo cascarreado.

—Iba á tu casa—dijo Sebastián.

Julián se sorprendió de la excitación desusada de su voz.

—¿Había novedad? ¿Qué ocurría?

—Algo endiablado—dijo Sebastián en voz baja.

Se pararon delante de una confitería.

—Entremos en un café,—dijo Julián;—en la calle llueve plomo.

Estoy muy molesto,—murmuró Sebastián.

En el café, el color azul marchito del papel y las puertas medio abiertas, templaban la fuerza del sol y daban un fresco silencioso.

Fueron á sentarse al fondo de la sala.

En la calle, las blancas fachadas de las casas pintadas de blanco, cegaban la vista. Había periódicos sucios sobre las mesas. Detrás del mostrador, lleno de botellas, dormía un mozo, dando cabezadas. Un pájaro cantaba en otra habitación. Se oía el ruido intermitente de las bolas de billar á través de una mampara verde: de vez en cuando, surgía en la calle la voz de un vendedor, y estos ruidos se perdían en el rodar de un carruaje que bajaba apretando los frenos.

Frente á ellos, un individuo sucio y de figura de pícaro, leía un periódico; algunos pelos ralos de su cabello canoso, se pegaban sobre su calva amarilla; su bigote, que blanqueaba, tenía señales del cigarro las noches de orgía habían dado á sus párpados un color rojizo y un tono de cera á su cutis chupado. De cuando en cuando volvía con pereza la cabeza y escupía por el colmillo, imprimiendo al periódico una sacudida maquinal, volviendo á leer con aire aburrido.

Cuando los dos amigos entraron y pidieron...